

ra métrica de la variedad; en la pág. 172, línea 30 se dice "every  $h,g$  in  $M$ " y se debe decir "every  $h,g$  in  $G$ "; en la pág. 267, línea 13 se dice "fields on  $K$ " y se debe decir "fields on  $M$ ".

José Pedro Ubeda

I. M. CROMBIE, *Análisis de las doctrinas de Platón*, Vol. I: *El hombre y la sociedad*, 406 pp.; Vol. II: *Teoría del conocimiento y de la naturaleza*, 561 pp. Madrid: Alianza Universidad, 1979.

Crombie, un gran ausente de las reseñas de las revistas filosóficas de nuestro país, puede ser ahora fácilmente conocido en la traducción de Torán-Armero cuando su obra —*An Examination of Plato's Doctrines*— ha alcanzado la tercera reimpresión en el corto espacio de diez años. El estudio al que nos vamos a referir ha sido compendiado por el propio autor en una obra publicada en 1964 bajo el expresivo título *Plato Midwife's Apprentice*. En el estudio que comentamos se asignan como intereses fundamentales el rectificar tanto "la forma cruda" en que se presenta la doctrina ontológica ("los universales son en cierto modo independientes de los particulares"), como la epistemológica ("es imposible que haya algo que merezca llamarse conocimiento de los particulares que constituyen el mundo físico"). Para ello parte del análisis de la vinculación de Platón con la escuela de Heráclito y con Sócrates, expuesta en un conocido texto de *La Metafísica* de Aristóteles que, como en otros casos, es el que sale "peor parado" de esta historia por no habernos dicho lo que, en definitiva, nosotros deseamos saber: ¿Cuál es la opinión de Platón? Reproche latente y siempre imputado, pues se supone que nadie mejor que "el discípulo brillante" para transmitir las doctrinas del maestro.

Debe resaltarse que Crombie, con un estilo claro y directo, desarrolla esta temática rechazando deliberadamente el asignarse la posición de interlocutor de los comentaristas clásicos de Platón. En diversos lugares nos indica que desea acceder "al meollo", "captar la actitud típicamente platónica" a la vez que se cuestiona, por ser "una verdad a medias", que lo que interesara a Platón

fuese que “sus lectores pensarán esto o aquello”; lo que le preocuparía es “el que tuvieran que pensar”. Antes de iniciar sus análisis soluciona “la cuestión socrática” afirmando que Platón “debió haber considerado que las doctrinas propuestas en los diálogos... eran dignas de ser ... discutidas por su interés, tanto si las había pensado él mismo, como si las había tomado al dictado de Sócrates o desarrollado a partir de los planteamientos hechos por él”.

A partir de este momento comienza a trazar unos “modelos de problema que podríamos calificar de “puros”, para cuestionarse una serie de tópicos que, por atribuirse a Platón, parecen haber olvidado que era “un hombre cuerdo y capacitado”. Muy indicativas de su proceder pueden ser las siguientes preguntas en las que retoma los problemas a discutir, interpretando el pensamiento de Platón y sus respuestas más plausibles: ¿Por qué no suponemos que el interlocutor principal de sus diálogos es el intérprete de Platón? ¿Qué nos quiere decir Platón cuando niega a los objetos físicos el estatuto propio de los *onta* para atribuirles el de *gignómena*? ¿Qué tipo de entes son las propiedades-tipo? ¿Cómo podemos justificar que son definibles? ¿Qué es la teoría de las formas y de dónde la sacamos? ¿En qué sentido o sentidos es racional el mundo del *Timeo*, ya que esta obra, manifiesto racionalista, muestra que la creencia de que el mundo está ordenado es racionalmente sostenible? ¿Por qué llamamos Filósofo a Platón? ¿Mediante qué métodos pensaba que se debía hacer lo que él hacía? ¿Cuál es el tema unificador de la *República*? ¿De qué depende la civilización? ¿Cómo puede ser preservada? El orador debe ser un filósofo, pero ¿hay algo más, a nivel científico, que él deba saber hacer?

Resalta de igual modo la forma en que contesta a tópicos manualizados atribuidos a Platón. Caso significativo de su modo de responder en tales circunstancias podría ser cuando afirma: “... es erróneo decir que Platón era tan estúpido que pensaba que podemos hacer descubrimientos acerca del mundo sin usar de los sentidos. Los sentidos nos dicen cuál es el problema, lo que no hacen es solucionárnoslo”.

Al realizarse este tipo de preguntas suele proceder expo-

niendo brevemente lo que debe entenderse con tal cuestión. Así, ante la pregunta “¿qué es el bien?”, refiere la posibilidad de que con tal pregunta sólo se pide “una descripción” de la vida buena, o bien una explicación de cómo actúan explicaciones evaluativas como “bueno”. Posteriormente, determina respecto de tales opiniones la que él estima como la intención de Platón; en este caso, realizar una descripción analítica del bien para evitar que las afirmaciones acerca de la existencia de hombres buenos y malos, de la necesidad de que el estado mantenga el bien, etc..., puedan ser consideradas “como viejos cuentos de comadres”.

Finalmente, sólo deseo destacar la forma en que no se pronuncia sobre debatidas cuestiones a las que, por otra parte, dedica una reducida extensión. Tal sería el caso de la teología platónica cuya ambigüedad es subrayada para después solamente cuestionarse si Platón era teísta o ateo, politeísta o monista; si al afirmar que las estrellas son seres divinos, significaba con ello que “son características permanentes del Universo y que su comportamiento es eminentemente ‘racional’ ”. Aun en estos casos, Crombie siempre trata de obtener una conclusión: “Parece difícil creer que Platón quisiera que rezáramos a las estrellas o a su inmutable e impasible Mente Creadora; y parece seguro que quería que rezáramos”. Aun, pues, en estos casos Crombie es claro y polémico.

*Guillermo Quintás*

Jon WETLESEN, *The Sage and the Way. Spinoza's Ethics of Freedom*. Assen, The Netherlands: Van Gorcum, 1979.

El libro de Wetlesen pretende mostrar que la filosofía de Spinoza supone un equilibrio entre los aspectos temporal y eterno del hombre, entre su sagacidad y su prudencia, equilibrio que bascula sobre una ética cuyo núcleo, pese y contra lecturas más tradicionales de Spinoza, es la libertad.

Para Wetlesen hay un sentimiento creciente en nuestros días de que la marcha de las sociedades industriales está deteniéndose lentamente, y puede llegar a quebrarse con estruendo. El